

LAS PÁGINAS MAS BELLAS

DE THOMAS MERTON

Al P. Francisco Rafael de Pascual

Una vida que fluye llena desde los huecos del
silencio
que ocultan la Palabra.

¿QUIÉN ES THOMAS MERTON?

*“Si quieres saber quién soy yo,
no me preguntes dónde vivo,
o lo que me gusta comer, o cómo me peino;
pregúntame, más bien, por lo que vivo,
detalladamente,
y pregúntame
si lo que pienso
es dedicarme a vivir plenamente
aquello para lo que quiero vivir.
A partir de estas dos respuestas,
puedes determinar la identidad de cualquier persona”*
(My argument with the Gestapo. New Directions , New York 1975 pp. 160-161)

En la Abadía de Gethsemani, hay una lápida, adosada a una de las paredes de entrada al cementerio, en el que aparecen inscritos los nombre de los monjes difuntos del Monasterio. Entre la larga letanía de quienes pasaron a la Casa del Padre aparece un nombre: “Diciembre 10 N. Ludovicus. Sacerdos 1968”.

Así de escueto. Es todo lo que queda de tanto título como en vida, aureoló de popularidad y gloria, al P. Thomas Merton. Después de todo es lo esencial para todo aquel que haya sido ungido sacerdote. Todo lo demás es accidental porque pasa: sólo es inmarcesible la palabra del Salmo 109, :

*El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:
“Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec”.*

Desde 1941 en que ingresó en la Abadía de Gethsemani, USA, hasta su muerte en 1968, perteneció a dicha Abadía.

Nació el 31 de enero de 1915, un año de convulsiones y guerras, en unas montañas francesas fronterizas con España.

Sus padres, dedicados a la búsqueda inquieta de la belleza, marcaron a fuego su vida, dejando en él profundas huellas de su temperamento de artistas y personas independientes.

*“Heredé de mi padre su manera de mirar las cosas y algo de su integridad;
y de mi madre algo de su insatisfacción con la confusión en que el mundo vive y un poco de su varia capacidad. De ambos heredé facultades para el trabajo y visión y goce y expresión...”*
(La montaña de los siete círculos. Inicio).

Fue su madre la que tatuó el alma de Thomas con rasgos definidos que luego él cultivaría toda su vida.

“Mi madre quería que yo fuera independiente y que no me mezclara con la manada.... Tenía que ser original, individual, tenía que tener carácter definido e ideas propias. No debía ser un objeto de serie según el modelo burgués al uso, fabricado como la demás gente”.
(La montaña de los siete círculos, 3-4).

Su madre le indujo a escribir sobre sí, cultivando desde niño una mirada hondamente reflexiva y sensiblemente perceptiva de todo cuanto acaecía en el ámbito de su interioridad vivida.

La adolescencia y juventud de Thomas Merton arrojan, como volcán en erupción, una vida generosa, exultante, de alto voltaje de vitalidad, siempre sin hipocresía. Su vida, en este tiempo, no está dirigida precisamente por principios morales cristianos -aunque parece que fue bautizado-, ya que se confiesa ateo.

Comienza sus estudios en un liceo francés, especializándose en literatura inglesa.. De Francia pasa a Inglaterra donde continúa sus estudios en Cambridge. Su vida desordenada y disoluta, superficial y frívola, le hace “sospechoso” por sus ideas subversivas y tiene que emigrar a Estados Unidos, donde se matricula en la Columbia University.

En 1938 obtiene en dicha Universidad el título de Bachelor of Arts y al año siguiente el Master of Arts. Avalado con tales títulos académicos, enseña primero en dicha Universidad y más tarde en la de ST. Bonaventure.

Su encuentro con el Dr. Walsh, católico practicante, perteneciente al cuerpo de Catedráticos, impacta vivamente su espíritu al comprobar que el cristianismo se dirige a los pequeños, a los perseguidos, a los humildes y marginados. Cuando se graduó era ya católico. Se había hecho bautizar en noviembre de 1938, fecha en que fue recibido en la Iglesia.

En su época de docencia, visitó el Monasterio Cisterciense de Gethsemani, en Kentuchy, de donde salió hondamente impresionado al comprobar la vida de soledad, silencio, oración y penitencia de los monjes.

Como escribiría más tarde, dejando hablar a su propio subconsciente:

“Cada momento y cada acontecimiento de la vida de todas y cada una de las personas sobre la tierra, siembra algo en su alma”.
(Semillas de contemplación, 36).

Aquella visita a Gethsemaní sembró su alma de inquietudes tan desconocidas como persistentes. Una palabra pegadiza le perseguía de día y de noche: “¡Vocación!”. Pero, al mismo tiempo, un mundo abigarrado de interrogantes, de dudas volubles y cambiantes como una veleta, se abatió sobre él, asemejándole a un turista desnortado en el corazón del desierto sin saber qué dirección tomar, consciente de que en ello se estaba jugando la vida.

“Mi corazón se oprimía... Pensaba ¿En qué me estoy metiendo?”
(La montaña de los siete círculos, 339).

“No creo que jamás haya habido un momento en mi vida en que mi alma sintiera una angustia tan apremiante y especial...”

“Por favor, ayúdame. ¿Qué voy a hacer? No puedo continuar así”.

“De repente, tan pronto como hube dicho esta plegaria, me sentí consciente del bosque, de los árboles, de las colinas oscuras, del viento húmedo de la noche, y luego, más distintamente que cualquiera de estas realidades obvias, en mi imaginación, empecé a oír la gran campana de Gethsemani tocando en la noche... La campana parecía decirme cuál era mi sitio como si me llamara a casa”.

(La montaña de los siete círculos, 372-373).

El 10 de diciembre de 1941 ingresó definitivamente en la abadía cisterciense de Gethsemani, después de romper, dolorosamente, con todas las dependencias que esclavizaban su corazón.

Un fuego le quemaba el alma: *“Escuchar la verdad e ir en busca siempre de la verdad”*. Pudo equivocarse como todo humano, pero nunca fue infiel. La búsqueda de la verdad en sinceridad, dinamizó su vida. Fue su motivación inconsciente.

Ya en el noviciado, comenzó a paladear las mieles de los primeros fervores espirituales, con que Dios suele regalar a los principiantes. Se deleitaba en las venerables Tradiciones de la Orden: degustaba lo nuevo de la vida cotidiana, variada y sencilla de los monjes.

Pero no tardó en aflorar con toda virulencia y acoso una pregunta que le va a acompañar toda su vida, que le va a ir desinstalando continuamente, en busca afanosa de su identidad personal más honda: *“¿Quién eres?”*

Este desazonante y trascendente problema, con el que en las escuelas de filosofía griega, tenía que enfrentar su vida todo iniciado: es el mismo embarazoso interrogante con que Jesús confronta a sus primeros discípulos cuando les pregunta: *“¿Qué buscáis?”* (Jn 1, 38).

La respuesta a esta pregunta define la vida. El hombre se define por lo que busca. O por lo que no busca.

Jesús *“obliga”* a enfrentarse con uno mismo, y aclarar sus motivaciones últimas que estimulan y dinamizan su seguimiento. Y es que también existen opciones espurias que no se corresponden con lo que El pide. Las preguntas de Jesús agujonean las respuestas.

No es extraño que toda la vida de Thomas Merton fuera un continuo desinstalarse, un relativizar lo que estaba viviendo, iniciar caminos nuevos y andar, andar...

“En cierto sentido, siempre estamos viajando, y viajando como si no supiéramos a dónde estamos yendo...No podemos llegar a la perfecta posesión de Dios en esta vida, y así es que siempre estamos viajando, y en tinieblas. Pero ya Le poseemos por la gracia, y además, en ese sentido, ya hemos llegado y moramos en la luz. Pero, ¡qué lejos tengo que ir todavía para encontrarte a Ti, a quien ya he llegado!”

(La montaña de los siete círculos, 424).

El desierto, el silencio, la oscuridad, el vacío son para Thomas Merton el sacramento de una Presencia que no puede ser comprendida de inmediato por los humanos, pero que está ahí... y late.

“El contemplativo..ha arriesgado su mente en el desierto, más allá del lenguaje y más allá de las ideas sobre Dios, allá donde aparece en la desnudez de la pura verdad”.
(El camino monástico, 204).

Muy a su pesar, no pudo seguir el ritmo del duro trabajo de la vida monástica. Su salud física comenzó a resentirse y tuvo que recibir un trato especial en cuanto al trabajo manual.

Y surgió su primer conflicto interior. Vio, sin embargo, el cielo abierto con semejante tropiezo serio en su vida monástica, que él intentó conjugar con optimismo espiritual:

“Mejor; así podré concentrarme exclusivamente en la vida del Espíritu y unirme más a Cristo, entregándome a la oración contemplativa”.

El P. Thomas Merton es de una personalidad compleja.

En un principio el monasterio fue para él “la escuela del divino servicio”, el clima ideal donde poder realizarse en libertad, en el humus del silencio, soledad y oración. La oración enraizó tan vitalmente en lo hondo de su ser, que en adelante le fue imprescindible como el respirar. Hasta en el trajín ruidoso y nada propicio de la maraña de sus múltiples ocupaciones, siempre encontró un tiempo y una lugar para orar... Calibraba los lugares según le resultaban útiles o no para la oración.

La vida de Comunidad era el cauce por el que se deslizaba sereno su extraordinario don de gentes, su abultada capacidad de relacionarse con los demás. Y muy lentamente comenzó a morderle una secreta insatisfacción. Necesitaba, comunicar su experiencia de Dios, su fe, su oración. Sabía que el monje es un hombre solitario y solidario. Por eso entendía, que la experiencia de Dios no era un don que se le diera a él para su exclusiva fruición privada, ni siquiera sólo para su Comunidad. El horizonte se le ampliaba: los creyentes, el mundo entero. Le urgía. Era una gracia social.

La solución a su desasosiego interior llegó el día en que descubrió su vocación de escritor.

“Soy consciente de este individuo que es monje y escritor”.
(Conjeturas de un espectador culpable, 223-229).

“Esta gracia especial le unía al destello divino del Espíritu:”el ser verdadero” daba vida a su estilo como autor, confiriendo a su escritor el poder despertar el mismo anhelo espiritual en los corazones de sus lectores” (Henry Nowen).

Sus temas preferidos son la revitalización de la vida espiritual del monje, el amor a la soledad, el silencio y la oración continua, la contemplación y el lugar que ocupan los monjes en una sociedad como la nuestra tan materialista,

hedonista y agnóstica, en la cual todo es relativo. Sin perder de vista la vocación de los cristianos que viven y luchan por salvaguardar su fe en un ambiente tan paganizado.

“El ministerio peculiar del monje moderno es el de mantener viva la experiencia contemplativa, dejar el camino abierto al hombre de la tecnología moderna, para que pueda recuperar la integridad de sus profundidades más interiores”.

Su primer libro fue *La montaña de los siete círculos*, su obra más famosa, que al pertenecer al género de “sicología religiosa”, transmite en ella, más que teorías o conceptos, reflejos de su vida interior, valores auténticos que contagian a muchos jóvenes, que se convierten a la Iglesia Católica y buscan su realización personal en la vida monástica:

“Recuerdo al P. Merton hablándonos a los estudiantes del Monasterio de que todos debíamos tender a ser teólogos, es decir, capaces de hablar de Dios y de los caminos de Dios para la humanidad, y no hacia pretensiones de estar académicamente preparados en teología”.

(Patrick Hart, monje de Gethsemani).

Sus mejores trabajos no son presentaciones sistemáticas de Verdades Divinas, sino una variedad plural de experiencias espirituales que ayuden al lector a descubrir el conocimiento amoroso de Dios.

Sus temas preferidos son la vida espiritual, la soledad, la contemplación y el lugar de los monjes, de los cristianos que viven y luchan en el mundo moderno. Y lo hace con un lenguaje sencillo y nuevo, asequible a todos los públicos: desde la propia y personal experiencia de Dios

El era teólogo en términos patrísticos, es decir, podía hablar de Dios porque lo había experimentado.

Evagrio describe al teólogo de una forma muy sucinta: *“Quien verdaderamente reza es un teólogo”.*

Thomas Merton no es propiamente hablando un teólogo: lo que transmite y cautiva es su propia experiencia interior, plasmada en libros como *Semillas de contemplación*, *El signo de Jonás*, *Las aguas de Siloé*, *Pan en el desierto*, *Diarios 1939-1960*. 1960-1968.

(Patrick Hart: La vida íntima de un gran maestro espiritual).

Esta vena y fervor de escritor “en busca siempre de una intimidad contemplativa con Dios, en clave puramente privada” (Cilia), se vio repentinamente turbada cuando la obediencia le encomendó la formación de los novicios y estudiantes del monasterio. Este hecho, aparentemente intranscendente, junto con la percepción de que ciertas rutinas monásticas chocaban con sus deseos de comunión y solidaridad, le hizo descubrir y enriquecerse con la dimensión comunitaria de la vida monástica y cristiana. Y comenzó a vivir el itinerario de la soledad en comunión. Esta experiencia la tradujo en un nuevo libro significativo por su título *Los hombres no son islas*, en el

que aparece un ensanchamiento de sus horizontes recortados, hasta llegar a descubrir y vivenciar la dimensión comunitaria de la persona y sus valores sociales.

El hombre es un ser que ha nacido para vivir en sociedad, para la comunicación, la comunión y el amor. Es la primera condición de la madurez humana.

Esto le llevó a declararse objetor de conciencia, superando la ética individualista como católico, y a criticar públicamente en un libro valiente, titulado Semillas de destrucción, la política de Estados Unidos en Vietnam, la violencia y el armamento nuclear, circunstancia que le acarrió, por parte del Abad General de su Orden, la prohibición de escribir de "política", considerando esto ajeno a los monjes. Pero su pensamiento continuó siendo el mismo:

"En lugar de odiar a las personas que piensas que son las que hacen la guerra, odia los apetitos y el desorden en tu propio corazón, que son las causas de la guerra".

Más tarde le daría la razón el Vaticano II cuando declaraba:

"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón" (G.S. 1).

Atraído por una fuerte exigencia interior a la soledad, obtuvo por fin autorización, tras insistentes peticiones, para vivir en una ermita, cerca del monasterio, del que nunca se desligó y que frecuentaba con cierta asiduidad. Allí siguió profundizando, en un clima de silencio, pobreza y oración contemplativa, en las tradiciones espirituales de su Orden y de sus principales escritores, a la vez que abrió sus horizontes espirituales a las tradiciones místicas de Oriente.

Dios había hecho de su pobreza, su morada de silencio, donde todo su ser se concentraba en adorar el secreto de su Presencia.

Al mismo tiempo que propone la línea monástica renovada y actualizada, desdibujada por el paso del tiempo y de los siglos, enseña a los cristianos a vivir la vida contemplativa en el mundo, viviendo los avatares de lo cotidiano.

"En Merton convivieron durante toda su vida tendencias e impulsos muy marcados: silencio y palabra, soledad y comunidad; memoria y profecía; trascendencia e inmanencia, crítica y esperanza, oración y servicio, la vía de la luz y la de la noche" (La respuesta del monje en tiempos de opciones cruciales", en el Parlamento de las Religiones, Barcelona 2004: por Francisco R. de Pascual y Fernando Beltrán Llavador).

En los últimos años de su vida, repentinamente truncada, su corazón siempre en camino, se sintió urgido por una verdad que le acuciaba. Las distintas Religiones no pueden ignorarse unas a otras, ni seguir viviendo en una desconfianza mutua secular. Soñaba y buscó la unidad espiritual que en la actualidad viven las Religiones, siguiendo caminos seculares diferentes o

contrapuestos. Intentó conciliar los opuestos. Aquello fue como intentar cambiar el alma que infundía hasta ahora a las notas de su violín, por los colores, por la belleza de otros sonidos, soñando, intentando formar una gran orquesta de instrumentos diferentes y complementarios.

Para lograrlo ideó un encuentro de Religiones diversas:

“Creo que mediante la apertura al Budismo, al Hinduismo, y a esas grandes tradiciones de Asia, nos colocamos ante una maravillosa oportunidad de aprender más sobre las potencialidades de nuestras propias Tradiciones...La combinación de las técnicas naturales y la gracia, y las demás cosas que han sido manifestadas en Asia y la libertad cristiana del Evangelio, deberían llevarnos al menos a esa total y trascendental libertad que está más allá de todas las diferencias culturales y meramente externas”.

(Diario de Asia, 303-304).

Después de un encuentro profundo en la India, Tibet, con el Dalai-Lama en 1968, anotaba éste en su autobiografía la impresión que le había causado Thomas Merton.

Mucho más impactante que su apariencia externa, que en si misma era distinguida, era la vida interior que manifestaba. Podía ver que era un hombre profundamente espiritual y verdaderamente humilde. Era la primera vez que me sentí conmovido por tal sentimiento de espiritualidad de alguien que profesaba el cristianismo...fue Merton quien me introdujo, por primera vez, en el significado real de la palabra “cristiano”.

El Dalai-Lama acabó definiéndolo, como un “buda natural”.

“Y el mundo del Islam como un “simurgh, ese pájaro de alto vuelo en la mitología persa” (Francisco R. de Pascual).

Lo que impresionaba de él no era lo que decía o escribía, sino “lo que era”. Vivió siempre al aire del Espíritu, intentando secundar en su vida lo que éste le inspiraba. Su vida fue gracia correspondida.

Thomas Merton murió en Bangkok, donde se encontraba asistiendo a un Congreso ecuménico de monjes católicos y budistas.

Se acababa de cumplir en él la confesión poética de su admirado, comentado y seguido S. Juan de la Cruz:

“Volé tan alto tan alto,
que le di a la caza alcance”.
